

## LA CULTURA LITERARIA DE JUAN RODRIGUEZ FREYLE

ENSAYO SOBRE LAS FUENTES DE UNA CRÓNICA BOGOTANA DEL  
SEISCIENTOS

### 1. ESTRUCTURA DEL *CARNERO*

Desde 1859, año en que Felipe Pérez publicó por primera vez la obra *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, dando fin al período de más de dos siglos que vio circular solamente el manuscrito de la crónica, no han faltado los estudios y las investigaciones que han propuesto, si no siempre resuelto, los principales problemas críticos y exegéticos suscitados por la más famosa de las crónicas neogranadinas del siglo xvii: desde el problema de la cultura de Rodríguez Freyle hasta el del título que popularmente designa la obra (“El Carnero”); desde la discusión sobre las reales intenciones del autor y sobre el significado del libro hasta el género en que sea oportuno clasificarlo. Se han propuesto muchas definiciones sobre Freyle y su curioso estilo cronístico: la más conocida de ellas lo llama “cronista picaresco”<sup>1</sup>, caracterización que ha sido repetida a menudo y por lo demás bastante acriticamente, hasta cuando recientemente Antonio Curcio Altamar ha intentado circunscribirla y precisarla en su significación<sup>2</sup>.

Sin embargo, no obstante la importancia e incluso la centralidad del *Carnero* en la historia de la literatura colombiana de la época colonial, falta hasta hoy un estudio de

---

<sup>1</sup> ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, *Historia de la literatura colombiana*, (Publicaciones de la Biblioteca Nacional de Colombia, vol. I, núm. 1), tomo I, Bogotá, 1938. Citamos por la ed. de la Biblioteca de Autores Colombianos (4 vols., Bogotá, 1953-1954), vol. II, pág. 175.

<sup>2</sup> ANTONIO CURCIO ALTAMAR, *Evolución de la novela en Colombia*, (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XI), Bogotá, 1957, págs. 33-48.

conjunto que, sistematizando los resultados adquiridos por la crítica e integrándolos en una visión más moderna de los hechos literarios, llegue a una interpretación satisfactoria de la obra. Mi contribución no quiere ni podría tener la pretensión de abarcar la totalidad de los problemas que suscita el *Carnero* ni la ambición de ofrecer muchas novedades: antes bien, tiene la aspiración de afrontar el apasionante argumento en una particular perspectiva que ha sido quizás demasiado descuidada hasta hoy y que, debidamente profundizada, ofrecería probablemente el medio para una revisión substancial y una interpretación nueva de la crónica del Seiscientos.

He querido llevar a cabo una investigación sobre la cultura de Rodríguez Freyle, no con el fin de redactar un árido catálogo de autores y obras de la literatura universal que él pudo conocer o que están más o menos fielmente reflejadas en su libro — trabajo que, como se ha dicho, sería “en extremo difícil y en cierto modo de una bella inutilidad”<sup>3</sup> —, sino con intenciones distintas. Una investigación sobre la cultura de un autor, cuya personalidad se ha escapado hasta ahora a un análisis profundo y sistemático, no implica tan sólo una búsqueda de fuentes literarias en la medida en que ella sea posible y útil, sino también la reseña de las ideas políticas, morales, religiosas del autor. Y, sin embargo, tal reseña y la indagación sobre las fuentes literarias no deben dissociarse (como han sido frecuentemente dissociadas por la crítica precedente) del examen de los resultados que tales elementos de cultura han producido en lo vivo de la obra de arte, o sea en su estilo y en su estructura. Teniendo presente ante todo tal exigencia, empero he seguido el camino inverso respecto al que a primera vista podría considerarse el más obvio: o sea iniciaré el estudio partiendo del análisis de la estructura literaria de la crónica, lo que me permitirá dar relieve a los motivos éticos y culturales que presidieron a la composición de ella: de ahí será fácil deducir algunas conclu-

<sup>3</sup> GABRIEL GIRALDO JARAMILLO, *Don Juan Rodríguez Freyle y la “Celestina”*, en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), XXVII, núms. 308-309 (junio-julio 1940), pág. 585.

siones sobre las obras y los autores que más activamente han influido en la formación de Rodríguez Freyle y en la concepción del *Carnero*.

En el denso capítulo que Curcio Altamar dedica a nuestro cronista, en donde por primera vez en la historia crítica del *Carnero*, se intenta deducir por el examen de las fuentes una serie de conclusiones que vayan más allá de la simple y pedantesca anotación erudita, se afirma que el influjo de la *Celestina* (relevado precedentemente por Gabriel Giraldo Jaramillo)<sup>4</sup> se destaca ante todo

en la utilización que hace Freyle de algunos procedimientos de la técnica medieval, como el empleo jactanciosamente erudito de catálogos de nombres históricos tomados como raseros de ejemplaridad y paradigmas de valor, empleo que recuerda el sistema de la moralística española, con el uso de apólogos al estilo de los *enxemplos*<sup>5</sup>.

Esta observación constituirá nuestro punto de partida: ella nos ha parecido importante porque permite superar el punto de vista tradicional, que ve en el *Carnero* un cuento o una serie de cuentos, preferentemente narrativos según algunos, dramáticos según otros<sup>6</sup>; más o menos trabados y obstaculizados en su libre desarrollo por partes eruditas, pedantescas; al contrario, cuando la postura más correcta es la de considerar las partes narrativas como elementos insertados en un marco más amplio, el cual es tan importante para el autor (y en consecuencia para nosotros que nos proponemos un examen críticamente objetivo) como las partes propiamente narrativas.

Partiendo de la hipótesis de la formación medieval del autor y del influjo de textos como la *Celestina*, se aclaran las razones de aquella que pudo parecer una fastidiosa mezcla de partes más ágiles y de partes pedantescas: en efecto, a Rodríguez Freyle le interesaba no solamente narrar, sino también mostrarse hombre de cultura, esto es, ostentar aquella cultura suya de tipo escolástico y medieval..., que le enseñaba a

<sup>4</sup> Ob. cit., págs. 582-586.

<sup>5</sup> A. CURCIO ALTAMAR, ob. cit., pág. 42.

<sup>6</sup> ALBERTO MIRAMÓN, *El concepto del honor en "El Carnero"*, en Suplemento Literario de *El Tiempo* (Bogotá), 4 de junio de 1961.

insertar cada relato en una armadura compleja de ideas y motivos ético-religiosos, transfigurando (para decirlo así) los modestos acontecimientos de la modesta y aislada capital colonial en la perspectiva de la historia universal: más precisamente de la historia universal de la salvación, que empieza con la creación del mundo y con el pecado de Adán y acabará con el fin de los tiempos.

Rodríguez Freyle nos ha dicho muy claramente la razón que lo impulsa a adornar su relato con partes moralizantes y con ejemplos inspirados en textos antiguos, sagrados y profanos.

Paréceme que ha de haber muchos que digan: ¿Qué tiene que ver la conquista del Nuevo Reino, costumbres y ritos de sus naturales, con los lugares de la Escritura y Testamento viejo y otras historias antiguas? Curioso lector, respondo: que esta doncella es huérfana, y aunque hermosa y olvidada de todos, y porque es llegado el día de sus bodas y desposorio, para componerla es necesario pedir ropas y joyas prestadas, para que salga a vista: y de los mejores jardines coger las más agraciadas flores para la mesa de los convidados: y al que no le agrada, revuelva a cada uno de lo que fuere suyo, haciendo con ella lo del ave de la fábula, y esta respuesta sirva a toda la obra <sup>7</sup>.

Se trata de una justificación que sólo se comprende si se la refiere a la concepción medieval de no atribuir a ningún suceso de este mundo una significación propia, sino de insertarlo en una visión más amplia y universal, la de la historia del mundo según la Biblia: de tal manera se quita, según una visión más moderna, autonomía y valor a los hechos históricos, mientras que, según la mentalidad de aquel entonces, se los enriquece y ennoblece, exactamente como dice Rodríguez Freyle de la niña pobre, que “para componerla es necesario pedir ropas y joyas prestadas”.

El resultado estilístico a que da origen la adhesión de Freyle a ese punto de vista es el que apuntábamos: una prosa narrativa y ágil, a menudo agraciada por construcciones anacolutas reveladoras de espontaneidad, interrumpida, sin em-

---

<sup>7</sup> JUAN RODRÍGUEZ FREYLE, *El Carnero*, (Biblioteca de Autores Colombianos), Bogotá, Ediciones de la Revista Bolívar, 1954, pág. 48.

bargo, frecuentemente por motivos de meditación y por pasajes eruditos y apologéticos, en que el estilo se hace solemne, a veces trabado. Llamaremos *excursus* estas últimas partes, pero subrayando que el autor no atribuye a ellas carácter digresivo, sino de encuadramiento y de sostén teórico-estructural de la obra toda.

Voy a dar unos ejemplos de esta técnica del *excursus* en Freyle, pues resulta esencial darse cuenta de su manera de proceder en la composición para ilustrarnos sobre los motivos y las ideas a que atribuye mayor importancia.

Al comienzo del tercer capítulo del *Carnero*, cuando el cronista narra los acontecimientos que precedieron la llegada de los españoles a la sabana de Bogotá, refiere el episodio de la lucha entre los caciques Bogotá y Guatavita: Bogotá gana primeramente a Guatavita en batalla campal, iniciando, "rico y victorioso", el camino de regreso a sus tierras; pero sus partidarios se dan a una celebración clamorosa y desenfadada de la victoria, acabando por emborracharse todos, "que para ellos — anota el cronista — ésta era y es la mayor fiesta" <sup>8</sup>. Será esa la ocasión que sabrá explotar Guatavita para tomar el desquite; pero el cronista sólo más adelante relatará eso, aprovechando él, en tanto, la ocasión para un *excursus* moral sobre el vicio y los daños de la embriaguez:

Nunca el mucho beber y demasiadamente hizo provecho; y si no, dígalo el rey Baltasar de Babilonia y el Magno Alejandro, rey de Macedonia, que el uno perdió el reino bebiendo y profanando los vasos del templo y con ello la vida; y el otro mató al mejor amigo que tenía... <sup>9</sup>.

Adelantada ya la crónica, al comienzo del capítulo quinto, antes de darnos la descripción de las costumbres religiosas y rituales de los primitivos habitantes del Nuevo Reino de Granada, el cronista resume la historia del género humano según la Biblia, para explicar el paganismo y el estado de pecado en que vivían sumergidos los indígenas de América antes de la llegada de los españoles: el pecado,

<sup>8</sup> Ed. cit., pág. 28.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 29

en efecto, es la triste herencia de la rebeldía de los ángeles contra Dios y de la desobediencia de la primera pareja humana, y continúa en sus consecuencias a lo largo de los siglos para los que no han conocido la regeneración operada por Cristo. Entre otras cosas, escribe Rodríguez Freyle, confirmando su gusto por las reminiscencias eruditas y ejemplares:

¡Qué caro le costó a Adán la mujer, por haberle consentido que se fuese a pasear; y qué caro le costó a David el salirse a bañar Bethsabé, pues le apartó de la amistad de Dios; y qué caro le costó a Salomón, su hijo, la hija del rey Faraón de Egipto, pues su hermosura le hizo idolatrar; y a Sansón la de Dalila, pues le costó la libertad, la vista y la vida; y a Troya, le costó bien caro la de Helena, pues se abrasó en fuego por ella, y por Florinda perdió Rodrigo a España y la vida <sup>10</sup>.

La tendencia a atribuir todos los males de la humanidad a la debilidad y fragilidad de la primera mujer creada, se revela en otros pasajes de la crónica, convirtiéndose en uno de los tópicos, y ni siquiera de los más originales, pues es prestado a la más constante y ordinaria temática ascético-moral. En donde, sin embargo, se manifiesta la originalidad de Rodríguez Freyle es en la insistencia con que atribuye a la belleza femenina, a menudo hipostasiada en una fatalidad trascendente, el origen de los daños y de las culpas de que es víctima la humanidad. Tal motivo que tiene para él el carácter de una idea obsesiva, está en la raíz de muchos de los *excursus* del *Carnero*:

¡Oh hermosura! Los gentiles la llamaron dádiva breve de naturaleza, y dádiva quebradiza, por lo presto que se pasa y las muchas cosas con que se quiebra y pierde. También la llamaron lazo disimulado, porque se cazaba con ella las voluntades indiscretas y mal consideradas. Yo les quiero ayudar un poquito. La hermosura es flor que mientras más la manosean, o ella se deja manosear, más pronto se marchita <sup>11</sup>.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 47.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 125. Otros *excursus* semejantes se encuentran por ejemplo en las páginas 99, 123, 181, 222, 284, 315.

El pasaje citado nos ofrece el ejemplo de un *excursus* de tipo emocional, exclamativo, falto de ejemplos eruditos: pero a lo largo de la obra no faltan los de género opuesto, ricos en referencias a la historia y a la literatura sacra y profana; más bien, el autor suele alternar el uno y el otro tipo, dándose también casos de acertada combinación del elemento personal-afectivo con el erudito-moralizante.

Una típica historia que se desarrolla a lo largo de innumerables *excursus*, divagaciones y reticencias es la de los amores, y de las intrigas subsiguientes, entre el fiscal Orozco y una dama bogotana cuyo nombre no se menciona: historia que empieza a mitad del capítulo XIII y se alarga hasta parte del capítulo XV. De la variedad de acentos y de la temática erudita que ostenta Freyle en estos capítulos puede ofrecer ejemplo el siguiente pasaje, en que se comenta la crueldad de la mujer al "pedir la cabeza" de la persona por la cual se reputaba ofendida.

Demanda rigurosa fue la de esta dama; siendo muy hermosa da en cruel, eslo de veras; y más si aspiraba a la venganza. Buen ejemplo tenemos en Tamar, hermana de Absalón, y en Florinda, hija de don Julián, la *Cava* por otro nombre, pues la una fue causa de la muerte de Amón, primogénito de David, y la otra fue causa de la muerte de Rodrigo, último rey de los godos, y de la pérdida de España, donde tantas muertes hubo.

¡Oh mujeres, malas sabandijas, de casta de víboras! <sup>12</sup>.

Ahora, hacia el final del libro, en el capítulo XXI, aprontándose a relatar el horrible delito de don Juan de Mayorga que mató a su propia hermana por razones de honor o de interés, el autor parece ir buscando justificaciones y apoyos en las antiguas historias, casi para hacer más creíble para sí mismo y para sus lectores el horror del crimen: "quiero ver si entre gentiles hallo casos con que ponderarlo, y sea lo primero". Y siguen los ejemplos:

Hermanos eran los hijos de Josafat, rey de Judea, y uno de ellos, llamado Jorán, degolló a sus hermanos por quitarles las haciendas.

<sup>12</sup> *Ibid.*, págs. 180-181.

Hermanos eran Tifón y Orsírides; pero Tifón cruel y tiranamente quitó la vida a Orsírides, partiendo su cuerpo por veinticuatro partes, y dándoselas a comer a los conjurados por tenerlos más seguros en la guarda de su reino.

Hermanos eran Mitrídates, rey de Babilonia, y Herodes, rey de los Tártaros; pero Herodes degolló a Mitrídates en pública plaza, por alzarse con el reino babilónico.

Hermanos eran Rómulo y Remo, y fue muerto Remo por Rómulo, por quedarse solo en el Reino.

En las historias españolas se halla cómo don Fernando, rey de Castilla, mató a su hermano don García, rey de Navarra, por quedarse con los Navarros <sup>13</sup>.

Pocas páginas más adelante, a propósito del mismo triste caso, Rodríguez Freyle apela aún al *excursus*:

Muy antiguo es esto de ser el hombre enemigo del hombre. Comenzó en Caín, matando a su hermano Abel por envidia; y en el mismo Caín comenzó la desesperación, cuando le dijo a Dios: "Mayor es mi pecado que tu misericordia", que fue mayor pecado que la culpa del homicidio.

En un convite de Zíbara y Jael mató el uno al otro; y en otro convite murió Amón, primogénito de David, ordenada su muerte por Absalón, su hermano, en satisfacción del estupro de la linda Tamar, su hermana de madre.

Dentro del senado romano mataron enemigos al primer César; y enemigos pusieron en un cadalso al condestable don Alvaro de Luna <sup>14</sup>.

Los ejemplos aducidos sirven para dar al menos una idea de cuán difuso es, en nuestra crónica, el recurso estilístico que hemos definido como *excursus*: tan abundante que se vuelve un elemento importante, incluso fundamental, en la estructura de la obra. Como hemos ocasionalmente mostrado al comentar una de las citas precedentes, los *excursus* de Freyle pueden clasificarse en dos grupos: los de tipo exclamativo y los eruditos. Los primeros, a los cuales pertenecen por ejemplo las invectivas contra la belleza corruptora, representan una postura inmediata y espontáneamente emotiva del alma de Rodríguez Freyle; mientras que los otros pa-

<sup>13</sup> *Ibid.*, págs. 362-363.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 367.

recen corresponder a una necesidad más mediata y refleja de justificación y universalización del hecho particular que se narra. Los primeros pretenden convencer con el calor del desdén y de la elocuencia; los otros, justificar los relatos y las intenciones del cronista sobre un plano más alto y ofrecen al mismo tiempo una moralidad, una enseñanza: pues el hecho histórico adquiere luz y significación por la perspectiva universal en que es colocado.

Concédasenos una última observación a propósito de los *excursus* eruditos. En ellos vale la pena observar más de cerca el procedimiento formativo que los rige: raramente, en efecto, el *exemplum* citado es único, más frecuentemente hay dos o más y en ellos se intenta combinar influencias culturales de origen distinto.

En el primero de los pasajes citados en la precedente ejemplificación, donde se condena la embriaguez, se encuentra un ejemplo traído de la historia sagrada (Baltasar de Babilonia) y otro de la profana (Alejandro Magno); en el pasaje subsiguiente hay varios de la historia sagrada, uno de la antigua profana y otro sacado de la historia española; nuestra penúltima cita contiene uno de historia sagrada (los hijos de Josafat), otros sacados de historias y mitos profanos antiguos (Tifón y Orsiris, etc.) y uno, en fin, de historia española (don Fernando de Castilla); en la última citación, a tres de historia sagrada se contraponen uno de historia profana y otro de historia de España.

Podemos concluir que, cuando quiere dar máximo relieve a lo que afirma, Rodríguez Freyle apela a las tres fuentes de su cultura, sobre las cuales daremos una explicación en las páginas siguientes; mientras que se limita más en los casos de menor empeño. No obstante la vistosa ostentación de erudición, es curioso subrayar cómo el repertorio del cronista es singularmente modesto: aun limitándonos al análisis de los pasajes que hemos reproducido, vemos el ejemplo de la *Cava* repetirse dos veces y otras dos el de Tamar. Ejemplos como el de Adán y Eva o el de Alejandro Magno ocurren mucho más frecuentemente a lo largo de la obra.

## 2. MOTIVOS ETICO-RELIGIOSOS DE LA CRONICA

La reseña no casual que hemos conducido hasta aquí de algunos de los más importantes y característicos *excursus* con que se adorna la crónica de Rodríguez Freyle nos permite, además, darnos cuenta de la estructura de la obra, y también hacer un inventario de los motivos y de las preocupaciones ético-religiosas que más fatigaban la conciencia de nuestro cronista: pues el *excursus* es — casi siempre — el medio de que se sirve el escritor para motivar e interpretar los hechos a que se refiere.

Hemos notado que desde los primeros capítulos Rodríguez Freyle llama la atención, a propósito de las costumbres de los indios primitivos, sobre los daños procedentes de la embriaguez: estamos sin duda frente a un motivo ético menor, y sin embargo expresado bastante frecuentemente y con insistencia a lo largo de la obra <sup>15</sup>. Añádase, entre tales motivos menores, el de la condena de la maledicencia, también bastante marcado:

Muchos daños nacen de la lengua, y muchas vidas ha quitado. La muerte y la vida están en manos de la lengua, como dice el sabio, aunque el primer lugar tiene la voluntad de Dios, sin la cual no hay muerte ni vida. Muchos ejemplos podría traer para en prueba de lo que voy diciendo, causados por la lengua; pero sírvanos sólo uno, y sea el de aquel mancebo amalequita que le trajo la nueva a David de la muerte de Saúl, que su propia lengua fue causa que le quitasen la vida <sup>16</sup>.

Encontramos también nobles sentencias sobre la brevedad de la vida y sobre el pensamiento de la muerte que amonesta vivir virtuosamente: vamos a ejemplificar esto con las palabras que el cronista inserta al referir la muerte del oidor Lésmez de Espinosa Saravia:

Por manera que placeres, gustos y pesares acabaron con la muerte. La muerte es fin y descanso de los trabajos. Ninguna cosa gran-

<sup>15</sup> Véanse, además de la página 29 de la ed. cit., por ejemplo también las págs. 37 y 265.

<sup>16</sup> Ed. cit., pág. 221.

de se hace bien de la primera vez; y pues tan grande cosa es morir, y tan necesario el bien morir, muramos muchas veces en la vida, porque acertemos a morir bien una vez en la muerte. Como de la memoria de la muerte procede evitar pecados, así del olvido de ella procede el cometerlos <sup>17</sup>.

Muy interesantes no tan sólo desde el punto de vista ético-religioso, sino también desde el de la historia del Nuevo Reino son las frecuentes lamentaciones sobre la rapacidad de los funcionarios españoles, fuente de miseria y decadencia de las colonias americanas. La triste constatación del estado actual de ellas, en doloroso contraste con el "siglo dorado" <sup>18</sup> del cual habían gozado precedentemente, unida a las recriminaciones sobre la avidez de encomiendas, "sudor ajeno", que caracterizaba la situación contemporánea de la Nueva Granada, sugiere a Freyle fuertes invectivas del tipo afectivo que ya hemos ilustrado:

"¡Maldita seas, codicia, y para siempre seas maldita!" <sup>19</sup>

y atestigua una situación social y económica de extremo malestar de las poblaciones americanas, afectadas — exactamente en la época de nuestro cronista — por una compleja crisis, que no dejan de poner de relieve los historiadores modernos <sup>20</sup>.

Empero el motivo ético a que es más sensible nuestro cronista es, se adivina, el de la fragilidad e inconstancia casi fatalmente conexas con la hermosura mujeril, de la cual proceden infinitas culpas y desgracias. Estas culpas y desgracias nos las cuenta el cronista, rellenando muchas páginas de su crónica con las historias escandalosas de la Bogotá del Seiscientos, los adulterios, los delitos cometidos por amor o por honor, contentándose con ocultar — y no siempre — las víctimas de sus malignidades y de su chisme detrás del velo

<sup>17</sup> *Ibid.*, págs. 330-331.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 256.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 318.

<sup>20</sup> Véase, por ejemplo, José JUAN ARROM, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas (ensayo de un método)*, en *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo (Bogotá), tomo XVI (1961), págs. 50 sigs.

sutil del anonimato. La temática erótica asume tanto relieve — casi de libro dentro del libro — que se puede analizar teniendo presentes las observaciones estructurales ya hechas a propósito de toda la obra: aquí también la narración queda interrumpida por invectivas y por largas series de ejemplos; aquí también el autor se esfuerza en insertar su propio novelar en un cuadro de mayor respiro, que garantice su rescate.

La invectiva se dirige a veces directamente contra las mujeres:

(¡Oh mujeres, malas sabandijas, de casta de víboras!) <sup>21</sup>;

a veces contra la hermosura personificada y en estos casos el autor, además de echar mano al repertorio erudito e histórico-moralístico que ya le conocemos, acude a las imágenes más peregrinas y enigmáticas:

Con razón llamaron a la hermosura *callado engaño*, porque muchos hablando engañan, y ella, aunque calle, ciega, ceba y engaña <sup>22</sup>.

¡Oh hermosura, dádiva quebradiza y tiranía de poco tiempo! También la llamaron *reino solitario*, y yo no sé por qué... <sup>23</sup>.

La insistencia de Freyle sobre esta temática siempre ha extrañado a los críticos, los cuales, siguiendo la opinión expresada por el primer historiador de la literatura colombiana, Vergara y Vergara <sup>24</sup>, no han dudado en atribuir a la esposa de Freyle o, más genéricamente, a sus tristes experiencias en el campo amoroso la razón de su postura amarga y escéptica frente al amor. Explicación angostamente biográfica, pues, de un difuso e insistente motivo, y por lo demás no apoyada en ningún testimonio contemporáneo, porque las afirmaciones e invectivas de Freyle son siempre genéricas y sus contemporáneos nada nos han revelado, hasta ahora, a este respecto. Pero una duda puede ser pronto insinuada en la compacta

<sup>21</sup> Ed. cit., pág. 181.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 123.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 222.

<sup>24</sup> JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, (Biblioteca de la Presidencia de Colombia), vol. I, Bogotá, 1958, pág. 96, 3 vols., (1ª ed., 1867).

unanimidad de las opiniones, observando que la amargura y el escepticismo no impiden a Freyle dar el máximo relieve y el tono más satisfecho a las historias de amores y de escándalos que refiere.

Otro indicio nos hace dudar también de la opinión tradicional; sabemos que el cronista suele hacer remontar los daños de la humanidad al pecado de Eva y que éste es un motivo común, más bien ordinario, en los escritos de moral católica y de apologética.

La referencia a la Biblia puede dar cierta luz a los verdaderos sentimientos de Rodríguez Freyle, quitando a su postura respecto del amor la aspereza de una raíz autobiográfica demasiado inmediata, para encuadrarlo, al contrario, en una secular tradición de moralística misógina.

Pero hay más. A veces es posible reconocer en las páginas de Freyle, y justamente en correspondencia con la temática de que nos vamos ocupando, el rastro de antiguos módulos retóricos, a que él se atiene. Resulta fácil observar, en tanto, que la postura del cronista es más esfumada y compleja de lo que aparece a primera vista: en ocasiones, en efecto, ya no parece la hermosura de la mujer ser la causa principal de los males deplorados, sino su fragilidad y debilidad, y también en esto el cronista se coloca dentro de una secular doctrina o creencia en el ámbito de la moral católica:

Siempre la hermosura fue causa de muchas desgracias, pero no tiene ella la culpa, que es don dado de la mano de Dios; los culpados son aquellos que usan mal de ella <sup>25</sup>.

Pero lo que interesa notar aquí es que esta duplicidad de postura da lugar a verdaderos debates, de remota y literaria tradición medieval, extendida mucho, como se sabe, por estos y por otros aspectos, en las literaturas hispánicas. Pienso, por ejemplo, en el capítulo en que Rodríguez Freyle relata el proceso promovido contra el encomendero neogranadino Alonso Gutiérrez Pimentel, en el origen del cual hay

<sup>25</sup> Ed. cit., pág. 285. Sobre los motivos más constantes de la tradición ascética católica en este campo véase OTIS H. GREEN, *Courtly love in Quevedo*, Boulder (Colorado), University of Colorado Press, 1952, págs. 14 sigs.

que poner, según el cronista, el deseo de venganza de una mujer <sup>26</sup>: la narración del hecho queda interrumpida por un largo *excursus*, en el cual, remontándose como de ordinario a la culpa de Eva, el cronista alega además una serie de *exempla* traídos de la historia sagrada y profana y encaminados a demostrar la perversidad del género femenino. La invectiva culmina con estas palabras:

A donde se entremete el fuego, el diablo y la mujer, ¿qué puede haber bueno?

Pero, como en un tribunal, se asiste de improviso a un golpe de escena, y, vibrando aún la voz del acusador, se oye levantarse la de la contraparte:

Quiero volver a las mujeres y desenojarlas, por si lo están, y decir un poco de su valor.

Siguen luego los *exempla* de las diez Sibilas, de la “casta y famosa Judith”, de “María, hermana de Moisés”, de Abigail y de la Reina Ester, todos ejemplos de mujeres sabias y virtuosas, que supieron vencer la flaqueza de su naturaleza cumpliendo actos dignos de memoria. La arenga de la “parte contraria” no impide, desde luego, que prevalezca al final del debate la conocida actitud descorazonada y amarga, que lleva al cronista a concluir, citando la *Celestina* <sup>27</sup>:

La mujer es arma del diablo, cabeza del pecado y destrucción del paraíso.

Pero no siempre la compleja postura de Freyle cristaliza en la clásica forma del debate: a veces los dos momentos contradictorios, el de condena de la belleza corruptora y el de compasión por la debilidad mujeril, se yuxtaponen simplemente, como al final de la obra, donde se narra la muerte de doña Jerónima de Mayorga. El caso es de incierta interpretación, pues nadie puede decidir si el hermano mata a su hermana para vengar el honor de la familia, por ella manchado, o por la codicia del dinero que ella tiene escondido:

<sup>26</sup> Ed. cit., págs. 275 sigs.

<sup>27</sup> Véase G. GIRALDO JARAMILLO, ob. cit., pág. 585.

por lo tanto, en este caso, Freyle pronuncia palabras de condena por el pecado de la mujer y, al mismo tiempo, expresiones de compasión por la frágil e inerme criatura, víctima de brutal violencia:

¡Oh hermosura, causadora de semejantes desgracias! y qué enemiga eres de la castidad...<sup>28</sup>

Perseguir el hombre al hombre y guerrearle, pase, que el interés lo causa; pero perseguir a una mujer, parece cosa fea y sobrada de malicia, porque considerada su flaqueza, allega con ella a ser tan sólo una sierva, sujeta a mil calamidades<sup>29</sup>.

El feroz caso de sangre narrado en la crónica es uno de los muchos en que Freyle hace referencia a la temática del honor: la presencia en el *Carnero* de este filón indujo a un crítico a examinar la crónica desde este particular aspecto, a reconocer en ella la influencia primordial del teatro de Lope y de Calderón, a cuyo influjo tendría que volver a referirse el “innegable sentido dramático y teatral” de Freyle, y a concluir afirmando que el *Carnero* se parece más “a una novela dramática que a lo que se entiende ahora por crónica de las postrimerías del siglo xvi”<sup>30</sup>.

Aunque desconfiando de fórmulas críticas demasiado genéricas, que dejan escapar la complejidad estructural y temática de nuestra crónica, y de la enunciación de fuentes y modelos a que no corresponde una adecuada comprobación, aceptamos, sin embargo, la sugerencia implícita en la posición que vamos comentando, o sea la que muestra, en la trama del *Carnero*, una viva y constante tradición literaria en obra, tradición que se revela tanto en el esquema de los debates, cuanto en la temática del honor, tan característica del teatro español de la época del cronista.

Creemos que nuestra opinión con respecto al íntimo enlace que se ha querido establecer entre la experiencia biográfica de Freyle y su misoginia resulta bastante clara de lo que precede. En ausencia, lo repetimos, del más pequeño testi-

<sup>28</sup> Ed. cit., pág. 366.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pág. 367.

<sup>30</sup> A. MIRAMÓN, ob. cit.

monio que aluda a infelices experiencias amorosas o conyugales de Rodríguez Freyle, permítaseme presentar una hipótesis distinta, y aun opuesta, que aunque falta como la primera de base documental, puede, sin embargo, ser defendida y aparecer quizás más plausible que la otra por cierta íntima coherencia — si no nos engañamos — con el carácter de la obra y el espíritu del tiempo en que fue escrita.

No obstante afirmaciones como la siguiente:

por mí sé decir que yo no la quiero [la belleza] en mi casa ni por moneda ni por prenda, porque la codician todos y la desean gozar todos; pero parece que este arrepentimiento es tarde, porque cae sobre más de los setenta <sup>31</sup>,

prefiero interpretar la misoginia de Freyle como fruto de una postura principalmente literaria, es decir como inspirada y favorecida por la tradición ascética del cristianismo y por determinados autores, antiguos o contemporáneos al cronista, que se han movido en aquella estela: ya hablaremos de éstos en las páginas que nos quedan. Ciertamente es preciso tener en cuenta la frecuencia del tema y del tono afligido o profundamente amargo con que Freyle lo trata, pero ello no denuncia, por sí mismo, una procedencia autobiográfica. En efecto, aparte de la consideración de que faltan, en la crónica, alusiones precisas y directas a las personales experiencias amorosas (mientras no faltan abundantes señales autobiográficas en otras direcciones), es preciso observar que la armadura erudita y moralizante de la obra es, hasta cierto punto, independiente de los reales sentimientos y de las experiencias concretas del autor: el marco — la superestructura, si se quiere, — corresponde a un deseo de objetivación, a un trascender la experiencia privada y particular.

Se puede alegar una contraprueba de lo que vamos diciendo: será suficiente indicar la contradicción existente entre la paráfrasis del *Beatus ille* horaciano:

<sup>31</sup> Ed. cit., pág. 222. El cronista alude a su propia edad: el *Carnero* fue terminado probablemente en 1638, cuando RODRÍGUEZ FREYLE, nacido en 1566, ya sobrepasaba los setenta años.

(dichoso aquel que lejos de negocios, con un mediano estado, se recoge quieto y sosegado, cuyo sustento tiene seguro en frutos de la tierra...) <sup>32</sup>,

con su visión literaria idílica de la vida agreste, y el pasaje, que sigue poco más abajo, donde el autor se queja de las dificultades, desengaños y miserias de la vida del campesino, que él conoce por experiencia personal (“que quizá le habrá sucedido ya [perder toda la cosecha] a quien esto escribe”) <sup>33</sup>, la relación entre realidad biográfica y literaria podría ser semejante también en el ámbito del tema amoroso, o sea, una relación nula o casi nula: la diferencia estaría en que, literatizando sus experiencias agrícolas, Rodríguez Freyle ha escogido el modelo del idilio clásico; mientras que, literatizando las experiencias amorosas, ha escogido como modelo la misoginia de la tradición ascética.

Nosotros no negamos la posibilidad — ¿cómo podríamos? — de que ciertas experiencias biográficas hayan podido influir en la obra literaria de Freyle: sólo queremos subrayar la independencia, relativa ella también, se comprende, entre los hechos relatados y su transfiguración en el marco ético-religioso. Con ello se quiere afirmar la exigencia de tomar en consideración, junto a las vicisitudes biográficas, también el otro lado de la experiencia de todo hombre de letras, aun modesto como Freyle: el mundo de las lecturas, incluso de las ideas y fantasmas predilectos de la mente, el cual tal vez más que las mismas vicisitudes exteriores caracteriza por sí una obra literaria.

### 3. LAS FUENTES LITERARIAS DE JUAN RODRIGUEZ FREYLE

Un estudio concluyente de las fuentes literarias de nuestro cronista no estaría exento de dificultades casi insuperables por la imprecisión de sus citas, a menudo evocadas de memoria y muy aproximadamente, y por la genericidad de los numerosos personajes históricos y literarios, a los cuales él atri-

<sup>32</sup> Ed. cit., pág. 359.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pág. 361.

buye carácter ejemplar en sus tiradas moralizantes. Nuestro intento es mucho más modesto y se limita a señalar las constantes más acentuadas en sus lecturas e indicar los componentes de su formación: tarea relativamente fácil ya que, como hemos apuntado, el cronista no debió de poseer una cultura particularmente vasta ni una curiosidad literaria particularmente acentuada. Entre la tesis "populachera" de su primer editor, Felipe Pérez <sup>34</sup>, y la rotunda afirmación de Vergara y Vergara, según el cual, la "erudición" de Freyle "no era poca" <sup>35</sup>, me inclino a una posición intermedia. En efecto, como en la serie de personajes ejemplares se repiten a menudo los mismos nombres y los mismos casos, así los *excursus* eruditos están inspirados en un exiguo número de obras y, dentro de cada obra, preferentemente en las mismas páginas o capítulos: índice no dudoso, nos parece, de afección a la relectura de los propios autores, más que a la lectura amplia y sin prejuicios de nuevos libros. Descubierta esta costumbre de Rodríguez Freyle, se facilita la búsqueda de las fuentes, ya que muchas veces una citación declarada da luces sobre los pasajes análogos o limítrofes de la obra, que el cronista presenta, diríamos nosotros, como harina de su cosecha, mientras que se pueden conectar con una sugestión extraña, que él no se cuida de confesar o no desea hacerlo en aquel momento.

Entre los textos más frecuentados por Rodríguez Freyle hay que poner, naturalmente, la Biblia: constatación obvia, por lo cual quizá nadie se ha preocupado de subrayarla o precisarla ulteriormente. Creo poder afirmar que entre los libros bíblicos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, ninguno es tan conocido y citado por Freyle como el *Eclesiástico*. Declara esta fuente una sola vez <sup>36</sup>, en la página 378

<sup>34</sup> "Sin más biblioteca que su memoria, sin más instrucción que la adquirida en un tardío viaje a la península..." (JUAN RODRÍGUEZ FREYLE, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada...*, Prólogo de FELIPE PÉREZ, Bogotá, Imprenta de Pizano y Pérez, 1859, pág. iv.

<sup>35</sup> Ob. cit., pág. 96.

<sup>36</sup> Otras veces alude al mismo libro bíblico llamándolo el "Sabio": "dice el Sabio..." (pág. 221).

de la edición de que nos servimos, parafraseando los siguientes versículos del libro sacro:

(XXXI, 8-9) *Beatus dives qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris! Quis est hic? et laudabimus eum; fecit enim mirabilia in vita sua.*

En muchos otros casos, sin embargo, aunque no cite alguna fuente, resulta evidente que el cronista ha recordado el libro sacro y allí ha bebido profusamente: de él deriva en efecto la mayor parte de los *excursus* a que nos hemos referido tantas veces. Para dar algún ejemplo, el *Eclesiástico* alude al pecado de Eva y lo considera causa y raíz de todos los males que ha sufrido posteriormente la humanidad: un motivo clave, como sabemos, en la estructura ideal y también literaria del *Carnero*. Dice el *Eclesiástico*:

(XXV, 33) *A muliere initium factum est peccati, et per illam omnes morimur.*

Las alusiones a las riquezas mal empleadas son muchas en el texto sagrado (por ejemplo, XIII, 30-32; XIV, 1-17 y *passim*) y es clara la condena de la belleza tentadora, e incluso de la embriaguez:

(IX, 8-9) *Averte faciem tuam a muliere compta, et ne circumspicias speciem alienam.*

*Propter speciem mulieris multi perierunt; et ex hoc concupiscentia quasi ignis exardescit.*

(XIX, 2) *Vinum et mulieres apostatare faciunt sapientes, et arguent sensatos.*

Es fácil deducir, también sólo por esta breve ejemplificación, que en el *Eclesiástico* están contenidos los principales motivos éticos que se encuentran en el *Carnero*. De uno particularmente es interesante seguir la historia en aquellos textos que más inmediatamente se unen a la tradición y a la inspiración bíblica, nos referimos a las obras de los Padres de la Iglesia. Rodríguez Freyle menciona de vez en cuando alguno de ellos, San Gregorio Magno por ejemplo; pero San Agustín es indudablemente el recordado más a menudo y a él se limitarán nuestras observaciones.

Agustín es, más específicamente que el mismo *Eclesiástico*, la autoridad que Freyle invoca en apoyo de la que podríamos llamar su santa misoginia. En la página 370 de nuestra edición del *Carnero* se parafrasea en efecto el pasaje de las *Confesiones* que dice así en el original:

(VIII, 11) Retinebant nugae nugarum et vanitates vanitantium, antiquae amicae meae, et succutiebant uestem meam carneam et submurmurabant: "Dimittisne nos?" et "a momento isto non erimus tecum ultra in aeternum?" et "a momento isto non tibi licebit hoc et illud ultra in aeternum?". Et quae suggerebant in eo, quod dixi "hoc et illud", quae suggerebant, deus meus?... Quas sordes suggerebant, quae dedecora!

Además, todo el pasaje del *Carnero* que precede y sigue la paráfrasis confesada está inspirado en el discurso de Agustín sobre la fragilidad y las contradicciones de la voluntad, que se encuentra en los capítulos antecedentes al fragmento por nosotros transcrito (*Confesiones*, VIII, 8-10) y que Rodríguez Freyle aplica unívocamente a las tentaciones y pecados amorosos.

Otros dos pasajes del *Carnero* contienen la paráfrasis de lugares agustinianos que se refieren o que pueden conducirse a la misma temática: así en la página 285 como en la 369 leemos las siguientes idénticas palabras:

Dice San Agustín: "Nunca hallé en mí más virtudes, que cuando me aparté de las ocasiones".

La citación, no textual, podría derivar de varios pasajes de las *Confesiones*; el que parece más cercano es el siguiente:

(IX, 1) Quam suave mihi subito factum est carere suavitatibus nugarum, et quas ammittere metus fuerat, iam dimittere gaudium est... Iam liber erat animus meus a curis mordacibus ambiendi et adquirendi et uolutandi atque scalpendi scabiem libidinum...

Pues Rodríguez Freyle, aunque sigue en muchos pasajes a San Agustín, utiliza unívocamente, interpretándolos según su idea obsesiva, los textos del Santo, complejos y ricos en delicados matices; además conoce, o demuestra conocer, de la vasta producción del Hiponense sólo las *Confesiones*;

de éstas, en fin, recuerda solamente los capítulos centrales y más famosos, donde están narradas las últimas luchas y las supremas crisis del protagonista, ya irresistiblemente atraído por la divina llamada. Rodríguez Freyle aprovecha, pues, de manera muy restrictiva de sus autores, así que hace frecuentemente relampaguear la sospecha, en este caso diría casi la certeza, de que él tenía, de ciertas obras sólo un conocimiento antológico, limitado a las partes más famosas, aquellas siempre citadas por los oradores sagrados y aun profanos.

Quizá bastarían también las sumarias indicaciones dadas hasta aquí para que se aprecie la cultura religiosa del cronista y el empleo para sus fines particulares. Queda, pues, por dar alguna precisión sobre los otros componentes de su formación literaria, el mundo clásico greco-latino y la cultura española.

En cuanto al primero, amplia reserva de donde saca, como sabemos, por sus *exemplos* y sus citaciones, será suficiente recordar que menciona a veces a Virgilio <sup>37</sup>, parafrasea el épodo horaciano *Beatus ille* <sup>38</sup>, se equivoca una vez atribuyendo a Horacio el virgiliano "Aura sacra fames" (*Aen.*, III, 57) <sup>39</sup>, para concluir que sus nociones no superaban un nivel bastante mediocre. En cuanto a su información sobre la antigua historia greco-latina, se habrá servido probablemente de epítomes y compendios, como el *Libro de Alexandre*, la *General Estoria* y otros análogos, que Curcio Altamar ha procurado indicar <sup>40</sup>.

Pasando ahora a discutir la posición que se debe asignar a nuestro cronista en el ámbito de la tradición literaria hispánica, problema eslabonado al de las obras que más directamente influyeron en su lengua y su estilo, es útil partir de la definición de más empeño, y arriesgada, que de Freyle dio la crítica colombiana. Aludimos al juicio de Antonio Gómez

<sup>37</sup> En las págs. 147, 148 y 368 de nuestra edición.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pág. 359; HORACIO, *Epodon II*.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 376.

<sup>40</sup> *Ob. cit.*, pág. 35.

Restrepo, que vio en Freyle un "cronista picaresco" e invocó su obra como un precedente o, mejor, un modelo de Ricardo Palma <sup>41</sup>.

Gómez Restrepo no se cuidó mucho de profundizar el significado y los límites de su juicio, destinado a correr con fortuna. Fue seguido, en efecto, poco después por Gabriel Giraldo Jaramillo, quien comenzó la obra de documentación, que tal opinión presuponia, pero no suministraba, y orientó la investigación hacia las fuentes:

De afición a los clásicos españoles y no ciertamente a los más medidos y comedidos nos da buena muestra don J. Rodríguez Freyle... <sup>42</sup>.

Giraldo Jaramillo fue el primero en indicar las paráfrasis de la *Celestina* que se encuentran en el *Carnero* <sup>43</sup> y señaló además en el *Corbacho* una posible fuente de inspiración para la misoginia de Freyle. Pero la investigación del crítico no llega a la 'novela picaresca' propiamente dicha.

También Antonio Curcio Altamar acogió, como sabemos, la sugestión de Gómez Restrepo, combinándola con las ofrecidas por Giraldo Jaramillo, e intentó precizarla así:

El abolengo literario de la crónica santafereña arranca, más que de la *picaresca*, del subgénero *celestinesco*, en donde cabalmente se realiza esa superposición o interferencia de dos planos, tanto de estilo como de tema, que anoté ya en *El Carnero* <sup>44</sup>.

Se puede discutir la oportunidad de volver a sacar a luz la definición de Gómez Restrepo y ante todo la inclusión de la *Celestina* en el género picaresco en calidad de 'subgénero', posición que corresponde a un concepto no puramente literario de los géneros, sino más bien tipológico y sociológico: en todo caso, el mérito de Curcio Altamar ha sido el de desplazar la atención de un método puramente erudito-pedantesco de

<sup>41</sup> Ob. cit., pág. 175. PALMA recuerda "la curiosa crónica titulada *Carnero de Bogotá*" en la tradición *Lope de Aguirre, el traidor*, en *Tradiciones peruanas completas*, Madrid, Aguilar, 1957, pág. 75.

<sup>42</sup> Ob. cit., pág. 584.

<sup>43</sup> *Ibid.*, págs. 585-586.

<sup>44</sup> Ob. cit., pág. 39.

estudio de las fuentes a un tipo de indagación que vuelve a unir la investigación erudita con la consideración estilístico-estructural de la obra y con la visión del mundo que ella refleja:

Acaso no andaría descaminado el pensamiento de un *contrappasso* y de un cruce [en el Carnero]: medieval en la apariencia y en el raciocinio, junto a un pequeño renacimiento paganista en las actitudes vitales y en el modo mismo de contarlas. Porque, no obstante la misoginia tipo siglo XIII del autor y a pesar de sus propósitos moralizantes y didácticos, la obra transparente... deleite malicioso y risueño... <sup>45</sup>.

En mi opinión, sería oportuno atenuar la expresión de "renacimiento paganista" y renunciar absolutamente a ver en Freyle una "sensibilidad con puntas de erasmista" <sup>46</sup>, ya que los dos episodios en que Curcio Altamar basa tal afirmación no contienen nada que no sea explicable en el ámbito de la tradición chistosamente anticlerical que los países católicos conocen desde siempre. Pero esta excepción no invalida la importancia de la contribución del crítico citado.

Este no escapa, sin embargo, a la sospecha de haber aceptado, al menos provisionalmente y como hipótesis de trabajo, la opinión de Gómez Restrepo, o sea que Freyle es un "cronista picaresco". Tiempo le faltó quizás al estudioso prematuramente desaparecido para volver sobre el tema. En cuanto a nosotros, creemos que lo sugestivo de la definición y la misma boga de que ella ha gozado dependen de la indeterminación del concepto que la informa, por lo cual cada uno pudo ver en ella lo que más le gustaba. La fórmula no resiste, nos parece, al análisis más inocente: si en efecto "picaresco" debe entenderse con referencia a una determinada manera de ser y de actuar, tradicional y como consustancial al mundo hispánico, la definición es demasiado genérica para ser aclaradora, y no presta ninguna ayuda a la investigación literaria, por basarse en presupuestos sociológicos y tipológicos.

Si, al contrario, se pretende indicar con el adjetivo "pi-

<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 34.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pág. 34, nota 1. Las anécdotas referidas por RODRÍGUEZ FREYLE, que revelarían su sensibilidad erasmista, se pueden leer en la pág. 171 de la citada edición.

caresco" una precisa filiación literaria, o sea una parentela con la novela picaresca, entonces es preciso corroborar la afirmación con puntuales búsquedas de fuentes, indicar concretamente modelos y derivaciones. Hasta que no se cumpla el trabajo correspondiente, la definición será vaga y arbitraria. Si bien no pude profundizar la investigación en tal dirección, me parece, sin embargo, lícito afirmar que las analogías entre las más famosas novelas picarescas y la crónica de que nos ocupamos son muy genéricas, para no decir inexistentes. La parentela se podría reducir a cierto aire familiar, dependiente del hecho de que también en la novela picaresca resulta sensible el recuerdo de la tradición ascética y es insistente la temática moralística, tan cierto es que el del pícaro podría interpretarse como un ascetismo al revés, y el mismo pícaro ser visto como el negativo fotográfico del asceta. En todo caso, la parentela entre el *Carnero* y la picaresca dependería no de influjo directo, sino de progenitores comunes.

Comunes a Freyle y a los más conocidos libros picarescos son, por ejemplo, las tiradas contra el amor y las mujeres, ya que el pícaro es escéptico frente al amor<sup>47</sup>: podríamos confrontar pasajes bastantes similares, pero como otros tantos se podrían aducir, como en parte se ha hecho, de la *Celestina*, del *Corbacho* y de otros libros y como, repetimos, la semejanza no indica aquí influjo directo, sino comunidad de fuentes utilizadas y pertenencia a una tradición común, preferimos omitirlos.

Antes de acabar estas páginas, no quiero renunciar a apuntar, aunque superficialmente, un aspecto del problema, sobre el cual resulta difícil llegar a conclusiones definitivas hasta cuando eventualmente no se descubran nuevos elementos y nuevos testimonios. Las breves indicaciones que voy a dar servirán para concluir, al menos provisionalmente, el perfil de conjunto que he bosquejado.

Tratándose de un autor como Freyle, en el que la misoginia adquiere tanto relieve, resulta inevitable que el pensa-

<sup>47</sup> Véase GUZMÁN ALVAREZ, *El amor en la novela picaresca española*, (Publicaciones del Instituto de Estudios Hispánicos...), La Haya, 1958, págs. 120-121.

miento corra a un clásico de la misoginia, a Quevedo, y se proponga el problema: ¿Pudo Freyle conocer a Quevedo?

Prefiero no afrontar directamente la cuestión, ya que es sabido que el cronista estuvo en España desde 1585 hasta 1591, años en que Quevedo todavía era un niño, mientras más tarde, después del regreso de Rodríguez Freyle a Santa Fe, innumerables dificultades se oponían a las relaciones culturales y literarias con la madre patria. Sin contar con que Freyle no era por cierto un letrado de profesión y no tenía que alimentar ninguna ambición de ponerse al día. Me interesa sólo afirmar la posibilidad teórica de que Freyle haya leído o conocido indirectamente algún tratado de Quevedo (*La cuna y la sepultura*, por ejemplo, fue publicado en 1634, pero fue compuesto, según Fernández-Guerra y Orbe, de 1612 a 1633 <sup>48</sup>, mientras el *Carnero* fue terminado en 1638) y anotar unos pasajes en que cierta evidente analogía podría apoyar la hipótesis.

En el *Marco Bruto* hay, por ejemplo, un verdadero debate sobre los defectos y los méritos de las mujeres, que recuerda el del *Carnero* a que hemos apuntado.

Los hombres que han sido afeminados, han sido torpísimo vituperio del mundo. Las mujeres que han sido varoniles, siempre fueron milagrosa aclamación de los siglos; porque, cuanto es de ignominia renunciar lo bueno que uno tiene, es de gloria renunciar lo malo y flaco. Porcia... fue tan esclarecida, etc... <sup>49</sup>.

No faltan en la obra de Quevedo, invectivas contra la belleza femenina.

(Pues si miras en sí qué es la hermosura, que te aparta de toda paz y de todo bien, verás que es un cautiverio de tus sentidos...) <sup>50</sup>

ni consideraciones satíricas a medias sobre la conveniencia de

<sup>48</sup> FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS, *Obras*, colección completa, corregida, ordenada e ilustrada por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, tomo II (BAE, XLVIII), Madrid, 1951, pág. 75.

<sup>49</sup> Ob. cit., tomo I, (BAE, XXIII), Madrid, 1946, pág. 146. Cf. *Carnero*, ed. cit., págs. 275 y sigs.

<sup>50</sup> Ob. cit., tomo II, pág. 81 (*La cuna y la sepultura*).

tener una esposa bella o, al contrario, de tenerla fea, que Rodríguez Freyle parece repetir literalmente. Dice Quevedo:

No la quiero fea ni hermosa: estos dos extremos pone en paz un semblante agradable: medio que hace bienquisto lo lindo, y muestra seguro lo donairoso. Fea no es compañía, sino susto; hermosa no es regalo, sino cuidado... <sup>51</sup>.

Y le hace eco Freyle;

Peligrosa cosa es tener la mujer hermosa y muy enfadoso tenerla fea... <sup>52</sup>.

Estas y similares analogías no prueban, de por sí, que Freyle leyó a Quevedo ni que quiso imitarlo, ante todo teniendo en cuenta la lentitud y las dificultades de comunicación en el mundo de aquel entonces, incluso de la posición apartada y periférica de la Santa Fe del Seiscientos, en donde nuestro cronista llevó una vida, a su vez muy retirada: lo que ellas prueban es la persistencia y la fuerza de una misma tradición, que bebía en las mismas fuentes religiosas y literarias, a uno y otro lado del océano.

ALESSANDRO MARTINENGO.

Pisa.

Versión española de Giovanni De Cesare, Seminario Andrés Bello.

<sup>51</sup> *Carta a doña Inés de Zúñiga y Fonseca, condesa de Olivares...*, ob. cit., tomo II, pág. 556.

<sup>52</sup> Ed. cit., pág. 220.